

## El Hallazgo

La primavera se mostraba perezosa. El asfalto aún aparecía cubierto de charcos tras las abundantes lluvias del día anterior. Un cielo gris y nublado asfixiaba el círculo solar, amenazando con una nueva descarga. Y una fría brisa circulaba por las calles, como si el invierno se resistiera a abandonar la ciudad. En aquellas condiciones, pocos eran los que salían por el mero capricho de dar un paseo. Tal vez, algún turista desprevenido, que se refugiaba en la breve satisfacción de tomar una fotografía.

Elvira era la excepción. Caminaba sola y a la deriva por las calles del centro, a la hora en que comenzaban a abrir los restaurantes. No le apetecía seguir frente al ordenador, enfrascada en los interminables trabajos de investigación que le permitían estar al día; necesitaba despejar la mente. Así que se había escapado de su apartamento.

Mientras cruzaba el Sena por el *Pont Neuf*, el puente más antiguo de París, una barcaza de fondo plano pasaba por debajo, ondulando la superficie del agua. Elvira se detuvo para apoyarse en la barandilla y contemplar tranquilamente la escena. Cerca destacaban la aguja de Notre-Dame, que demarcaba la privilegiada ubicación de la catedral en la isla de la *Cité*, y el enorme edificio de la *Conciergerie*, parte del Palacio de Justicia. A lo lejos, en otra dirección, se alzaba por encima del horizonte la enhiesta torre Eiffel, símbolo inconfundible de la afamada metrópolis.

En ese momento, sonó el singular timbre polifónico de su teléfono móvil, ahogado por el grueso tejido del abrigo. Elvira lo buscó en el bolsillo de la gabardina para atender la llamada. Lo hizo en un correcto francés. Aunque era española, llevaba afincada en Francia varios años y se había esmerado en hablar con propiedad la lengua autóctona, tanto como el inglés, pues ambos idiomas resultaban cruciales en su trabajo. Antes de pronunciar una palabra, examinó la pantalla del aparato, que había identificado el número, y supo que se trataba de *monsieur* Hirault, el conservador de la sección arqueológica del Louvre.

-Dígame.

-Prepara tu pasaporte –exhortó la voz ronca y lánguida al otro lado de la línea, sin preámbulos ni saludos. Acostumbrado a conversar con ella únicamente de negocios, expuso el asunto directamente-. Quiero que vayas a Turquía. Me ha llegado un rumor por fuentes fidedignas. Parece que hay algo importante allí. Sabes cuánto adoro la estela de Hammurabi, ¿verdad? Pues, según me han dicho, esto podría ser mucho más importante, tanto como para

darle un vuelco a la historia que conocemos. Necesito que ratifiques la veracidad de esa información. Quiero saber si realmente merece la pena que el museo pujan por ello.

Hirault le dio unas señas y unas últimas indicaciones y después colgó. Elvira intuyó que se le presentaba una oportunidad especial, pues nunca le había conminado a realizar un viaje en aquellos términos. Había notado nervioso a su cliente. Por eso, no dudó un instante en llamar al aeropuerto y hacer una reserva de inmediato.

Llegar a Estambul era siempre una experiencia impactante. A Elvira esta inmensa urbe le llenaba de vida cada vez que volvía. A pesar de sus dimensiones y de su vasta población, un encanto especial acogía al visitante. Siempre descubría algo nuevo, como si fuera desvelando sus secretos poco a poco. Por su estratégica situación geográfica entre dos continentes, en Estambul habían confluído antaño las rutas comerciales, mezclando culturas, y los ejércitos invasores, generando intrigas políticas cuyo desenlace repercutió a veces en toda Europa. Todo este lastre histórico aún la impregnaba, con una amalgama de contrastes.



Aquella mañana de domingo, Elvira llegó a Ortaköy en un taxi amarillo y recorrió lentamente los callejones, explorando el animado barrio. Como cada fin de semana, los tenderetes se instalaban a cada flanco de las estrechas calles, vendiendo toda clase de artículos decorativos y bisutería. Llegaba pronto a su cita, de modo que, mientras se dirigía al muelle, atravesó el mercadillo, sorteando a los transeúntes y observando a la muchedumbre que se apiñaba en torno a los puestos, improvisados con mesas y tablas. Pese a todo, se respiraba una calma inusitada, algo que contrastaba con otros rincones igualmente frecuentados de Estambul, donde el ruido y el alboroto estaban garantizados.



Al cabo de unos minutos, reconfortada por el olor del pan recién horneado y el cálido sol, llegó a la plaza, que se abría al mar. El Bósforo, el estrecho que conectaba el Mar Negro con el Mediterráneo y el Mármara, fluía cadenciosamente. En la orilla sobresalía la mezquita, de porte

elegante y noble, jalonada por dos espigados minaretes y rodeada de coloridas barcas que fondeaban a su alrededor. Hasta allí se habían desplazado en góndolas los sultanes, para elevar sus oraciones a Alá, cuando residían en el palacio de Beylerbeyi, situado justo enfrente, en la ribera asiática.

Elvira vio a un sujeto de pie en la plaza, apoyado ligeramente en el respaldo de un banco. Vestía una cazadora negra de piel sintética y fumaba, mirando ensimismado el puente del Bósforo. Una moderada calvicie concedía algo de gravedad a su rostro barbilampiño. Supuso que era la persona de contacto, de modo que se le acercó.

*-Merhaba.*

El corpulento individuo reaccionó al saludo girando la cabeza. Había quedado algo desconcertado al escuchar la voz femenina, pero, enseguida, se volvió hacia ella, tendiéndole la mano derecha.

-¿Elvis? –preguntó distraído, mientras Elvira estrechaba con fuerza su palma ancha y áspera. Ella asintió, reconociendo el apelativo con que solía presentarse ante los desconocidos. El turco la examinó de arriba abajo, valorando especialmente la palidez de su piel y su delicada nariz-. Disculpe, pero con ese nombre... No sabía que iba a encontrarme con una mujer. Yo soy Keman.

El inglés de Keman no era muy correcto, pero se le entendía perfectamente. Exhaló una bocanada de humo y tiró la colilla humeante, aplastándola con la suela de su bota. Luego se humedeció los labios y miró a la joven con curiosidad. Antes de volver a hablar aguardó a que se distanciara el yate privado que surcaba el estrecho a sus espaldas y cuyo motor rugía estrepitosamente.

*-Española, ¿eh?*

La extraordinaria capacidad de algunos turcos para reconocer la nacionalidad de los visitantes no dejaba de impresionarla. Apenas un ademán o la entonación al pronunciar algún vocablo bastaban para delatarla ante sus agudos sentidos. Pero Elvira también había leído en las facciones de Keman su personalidad: se trataba del turco natural y extrovertido, de sonrisa fácil y afable.

-¿Por qué se interesa España en esto? –indagó Keman, frunciendo el ceño.

-Está muy mal informado si cree que represento a algún gobierno en particular –repuso la chica estableciendo la primera barrera mediante el uso de la acritud. Keman rió divertido. A Elvira le preocupó que no se tomara el asunto en serio, por lo que lo abordó bruscamente, para no perder tiempo-. ¿En qué estado se encuentra la pieza?

-Excelente para su edad –bromeó Keman con la permanente sonrisa dibujada en su semblante. Su aliento con sabor a tabaco se estampó contra el rostro de Elvira.

-¿Es algún mosaico asirio?

-Está mal informada, amiga –replicó Keman, emulando a su interlocutora. Sacó la cajetilla y encendió otro cigarro-. Nadie habló de piedras. Aunque sí es cierto que el hallazgo se hizo cerca de un yacimiento asirio. –Hizo una pausa para dar una calada al pitillo y le lanzó una mirada desafiante-. *Tamam, tamam*<sup>1</sup>. Ha demostrado su interés. Supongo que querrá saber algo más. Le propongo que hoy se relaje y aproveche para visitar la ciudad. Mañana madrugue y venga a encontrarse conmigo junto a las cabezas de Medusa, hacia las ocho y media. Llevaré una muestra.

Elvira vaciló un momento, pero no tuvo más remedio que resignarse mientras veía al turco despedirse y perderse entre la multitud. No había confirmado el lugar de la cita, pero las cabezas de Medusa que había mencionado sólo podían estar en un sitio. Hizo caso a Keman y esa tarde se desplazó a Üsküdar, en el lado asiático, para disfrutar con la visión del crepúsculo más espectacular del planeta mientras probaba un poco de pescado fresco.

Al día siguiente, Elvira acudió al parque arbolado de Sultan Ahmet, a esas horas poco concurrido. La plaza separaba la deslumbrante Mezquita Azul de la venerada basílica de Santa Sofía. La airosa cascada de medias cúpulas de la Mezquita Azul, coronadas por seis minaretes y decoradas por los mejores azulejos de Iznik, se enfrentaba a la bóveda colosal de Aya Sofía, que reposaba sobre macizos pilares y contrafuertes y doblegaba al observador con

---

<sup>1</sup> De acuerdo.

su grandeza y sus frescos bizantinos. Ambos templos prevalecían con sus bellas y portentosas proporciones entre los más de trescientos que poblaban la ciudad.

A unos pasos de la antigua basílica, se abría la entrada de la cisterna de Yerebatan, otro legado de la historia remota. Aquella reserva subterránea había constituido la principal fuente de abastecimiento de agua dulce para el palacio imperial, pero, después de la invasión otomana, quedó abandonada y olvidada hasta el siglo XVI.

Aunque aún era muy temprano para que se iniciara el horario de visita pública, Elvira se sorprendió al encontrar la puerta abierta y la taquilla desierta, por lo que pudo acceder clandestinamente, sin dar cuentas a nadie. Sabía a dónde debía dirigirse, pero tuvo ciertas dificultades para moverse por el recinto, porque la iluminación artificial estaba apagada y, conforme descendía por las escaleras hacia el subsuelo, la oscuridad iba haciéndose mayor, hasta que todo lo que le rodeaba eran tinieblas.

Keman había elegido bien el enclave para el encuentro que habían concertado, pues nadie vagaba por los alrededores un lunes a esa hora. Cuando se hubo cerciorado de que realmente estaba sola, Elvira activó la pequeña linterna que, precavida, siempre llevaba en el bolso y prosiguió su incursión por la húmeda y tenebrosa cámara, alumbrada por el tenue foco. Para llegar al lugar de la



cita tenía que atravesar el monumental bosque de piedra que se extendía ante ella. Cientos de columnas y arcos de ladrillo, dispuestos en doce hileras, sostenían el alto techo, creando un ambiente sobrecogedor en medio de la penumbra. Subió a la plataforma elevada y caminó por las pasarelas, colocadas sobre el suelo pétreo y anegado por unos dedos de agua.

Dos o tres minutos después había llegado al final del pasillo señalado para los visitantes, justo donde yacían las peculiares bases de dos columnas, esculpidas con forma de cabezas de Medusa, una vuelta del revés y la otra asentada lateralmente, pero las dos reverdecidas por el moho. No había duda de que era allí donde debía encontrarse con Keman, pero no lo veía ni oía nada.



Con la momentánea sensación de que la vigilaban, Elvira movió el haz de la linterna, iluminando la umbría estancia, y giró sobre el eje de su cuerpo, buscando algún indicio de otra presencia; pero fue en balde. Finalmente, cuando completaba la vuelta y empezaba a convencerse de que Keman se demoraba, se topó repentinamente con un rostro cetrino y risueño. La joven dio un respingo, sobresaltada por la inesperada visión.

-Muy puntual, amiga Elvis –apreció Keman rompiendo con su voz la quietud de la sala, al tiempo que le rogaba que apartara la luz con que le estaba cegando-. Será mejor que resolvamos esto rápido. Dentro de un rato, esto empezará a llenarse de gente y dejará de ser una reunión privada.

-He de admitir que tiene recursos –halagó Elvira, bajando la linterna y reponiéndose del susto-. Estoy de acuerdo. Vayamos al grano.

El turco se descolgó la mochila que llevaba en bandolera y extrajo un estuche. El objeto que iba a enseñarle era alargado y estaba protegido por papel de periódico y plástico de embalaje. Keman desenvolvió el paquete con cuidado, mientras Elvira seguía proporcionándoles la única iluminación dentro de aquel lóbrego depósito. La chica disimuló su primera impresión al ver la pieza. En realidad estaba más asombrada por el misterio con que había actuado Hirault al no facilitarle detalle alguno del objetivo, cuando era evidente que, desde el principio, sabía más de lo que había contado. Tenía ante sus ojos un enorme hueso de color grisáceo y la especialidad de Elvira era precisamente la paleoantropología.

-Un fémur de homínido –concretó Elvira, acariciando la superficie granulada del hueso con la punta de los dedos-. Muy grande.

-Tiene más de tres millones de años –sentenció Keman con tono sincero.

-No puede ser –negó la joven firmemente, algo aturdida por la afirmación-. El hallazgo más antiguo de Homo Habilis se remonta a hace menos de dos millones y medio de años y este fémur corresponde a una persona de compleción diferente... más evolucionada.

-En eso radica la intriga de este hallazgo, amiga Elvis –insistió Keman-. Lo encontraron unos aldeanos por casualidad. Formaba parte de un estrato datado en esa época por nuestro experto colega, que hizo los estudios preliminares antes de llamarles. No hay error, se lo aseguro. Soy un profano en la materia, pero no un ignorante.

Algo confundida, Elvira dedicó una mirada aviesa a su acompañante, comprendiendo que le estaba reprochando que le tratara con tanta petulancia. Después, continuó examinando el fósil, pero, para evitar el contacto directo con la muestra, utilizó unos guantes de látex. A parte de lo que le había comentado Keman, no notaba nada raro.

-¿Se siente más estimulada ahora? –inquirió el turco con entusiasmo, recuperando su persuasiva mueca. Elvira no respondió, pero la expresión de su cara era bastante transparente-. Quiere ver más, ¿eh? –Keman le tendió un legajo de cartulina con unas señas a modo de tarjeta de presentación-. Le estaré esperando en esta dirección después del almuerzo, tras la siguiente llamada del muecín.

Elvira se entretuvo un instante intentando interpretar aquellos caracteres impresos en hermosa caligrafía, que hacían mención a una calle en el Gran Bazar. Entonces, empezaron a encenderse las mortecinas lámparas de la cisterna, anunciando la llegada del personal de mantenimiento y delatando su presencia furtiva. Keman ya se había esfumado.

Tras un frugal aperitivo, salió del hotel donde se encontraba alojada, cerca de la torre genovesa, y franqueó el puente de Gálata, que enlazaba las dos áreas urbanas de la zona europea cruzando el Cuerno de Oro y desembocaba en el muelle de Eminönü. Desde allí, junto al Bazar Egipcio y la Mezquita Nueva, zarpaban diversos transbordadores que comunicaban las diferentes riberas de la fascinante ciudad.

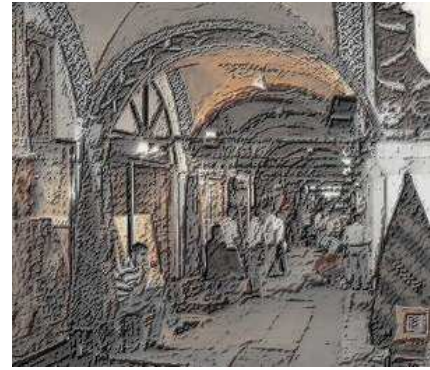
Antes de continuar, Elvira quiso refrescar la garganta, por lo que compró a un vendedor ambulante, un vaso de *ayran*, ese delicioso yogur líquido y salado. Luego, se internó por las calles empedradas circundantes, donde el aire parecía espesarse entre el tumulto y era mezcla de aromas a especias, té, aceites, frutos secos, fragancias exóticas y otras exquisiteces que llenaban la atmósfera de esencias penetrantes. Para vender sus mercancías, los comerciantes acosaban a los posibles clientes, que se arremolinaban apabullados por el caos de sonidos y colores.

Desde una mezquita situada al norte llegó la voz del muecín, invocando a los fieles a la oración. Después se oyó otro reclamo procedente del sur y se fueron sumando otras llamadas, elevando su cántico al unísono. Pero la actividad no se interrumpía.



Acorralada por la barahúnda que abarrotaba el ruidoso mercado, recorrió algunas calles centenarias hasta alcanzar uno de los accesos al célebre Gran Bazar. *Kapalı Çarşı* era un laberinto de cuatro mil puestos. En sus numerosas callejuelas, cubiertas

por un techo abovedado, se vendía de todo, desde pequeñas baratijas hasta lujosas joyas y alfombras. Elvira se internó en aquel dédalo de galerías, caminando bajo la carpa de piedra todo lo deprisa que podía, mientras esquivaba a los viandantes y a los hábiles muchachos que se deslizaban por los pasadizos con los servicios de té, manteniendo el equilibrio.



Acostumbrada a moverse por el Gran Bazar, Elvira llegó en seguida al local que aparecía en la tarjeta de Keman. Era una vieja tienda de alfombras al lado de una diminuta plaza, con láminas adheridas al cristal del escaparate que representaban dibujos a lápiz de las blancas piscinas calcáreas de Pamukkale y de las impresionantes esculturas de la Capadocia, cinceladas por el agua y el viento en la toba volcánica. Sentado a la puerta, entre los fardos, un anciano tocado con turbante fumaba en pipa de agua, aspirando por la boquilla de metal el suave y dulce humo destilado, que ascendía por un largo tubo desde la botella de cerámica.

Pese al aspecto huraño y ojeroso del maduro hombre, éste, que parecía estar aguardándole, no dudó en abandonar su ocioso entretenimiento. Se incorporó con calma, invitándola a pasar al interior. Elvira le siguió con cierta excitación, preparada para averiguar cuanto antes si había algo de verdad en la insólita historia que le habían relatado y acabar así con la incertidumbre.

El anciano de piel apergaminada y barba luenga subió solemnemente por la escalera que conducía a la planta superior y empujó la trampilla, haciendo chirriar los goznes. Cuando Elvira llegó arriba, se topó con la familiar mirada de Keman, arrellanado sobre un mullido cojín junto a una recatada mujer. Los saludó escuetamente.

Tras los montones de alfombras enrolladas que reposaban de pie, sobre las paredes, resaltaban delicadas pinturas con motivos mitológicos, desgastadas por el tiempo. Sin embargo, a pesar de la singularidad de estos pictogramas, Elvira no pudo evitar sentirse irresistiblemente atraída por el conjunto de huesos que yacían en el centro del habitáculo, sobre una placa de mármol blanco. Curiosamente, en aquel sector de la estancia se habían retirado las alfombras que cubrían el suelo de madera, como si se siguiera una ceremonia y quisiera impedirse que quedaran contaminadas de alguna manera.

Con la naturalidad que concede el hábito, Keman escanció un vaso de té y se lo ofreció cortésmente a la extranjera, que lo degustó y asintió complacida, sin apartar sus ojos de los



restos fósiles; alguien se había molestado en ordenarlos, dándoles forma. Entre tanto, el anciano se había acomodado sobre la trampilla sin cesar en su mutismo.

Elvira se enfundó de nuevo unos guantes y se acuclilló junto al esqueleto, comenzando una meticulosa tarea de revisión. Comprobó que estaba prácticamente completo, algo que ya remarcaba la importancia del hallazgo. Los restos correspondían a un espécimen de complejión física robusta, de piernas y brazos largos. Lo más extraordinario era su impecable estado de conservación. De hecho, los frágiles huesos de la cara estaban intactos. Pero todavía más asombrosas eran la estatura del individuo, pues rozaba el metro ochenta, y su gran capacidad craneal. Aquel cráneo había encerrado un cerebro bastante voluminoso.

Elvira palpó las protuberancias faciales y midió el espacio interocular. El arco superciliar era fino y la frente amplia. Por otra parte, la mandíbula no resultaba prominente. Por tanto, el fósil no tenía apariencia de homínido simiesco. Ninguna pieza encajaba; si la antigüedad de aquel esqueleto era superior a los tres millones de años, al contrastarlo con las teorías modernas acerca de la genealogía del hombre, estaban hablando de una forma de vida anterior al Homo Habilis, más primitiva pero de mayor talla e inteligencia, que había emigrado a Asia mucho antes. Por un momento, bajo el influjo de las oquedades de la calavera que la espiaban, se dejó seducir por la inquietante versión que le habían dado sus anfitriones y venció el escepticismo, lo que soliviantó su estado anímico y le provocó palpitaciones. Fue como si el cráneo que estaba tocando le transmitiese una descarga eléctrica.

-¿En qué se basan para afirmar...?

Cuando levantó la vista, la comedida mujer que acompañaba a Keman se había adelantado, en silencio y con una expresión indescifrable, para entregarle un documento. Era una especie de certificado sobre la edad de la capa de sedimentos donde había sido desenterrado el fósil.

-Nuestra amiga Chaka Ertalü es geóloga y es quien ha firmado ese informe –se apresuró a intervenir Keman, aclarando la irrupción de su compañera. No obstante, Elvira se mantuvo alerta. Aunque eran prudentes y mantenían la distancia, supo discernir una sutil complicidad entre Chaka y Keman, como si les uniera una relación de índole carnal.

Dubitativa, aceptó la traducción que Keman hizo del informe científico y tuvo que admitir que todo parecía en regla, aunque también demasiado maravilloso para ser cierto.

-¿Qué garantía tenemos de que en efecto se encontraba sepultado en ese estrato? – preguntó Elvira, perseverando en sus pesquisas-. ¿No se encontraron más individuos?

Antes de contestarle, Keman tuvo que interpelar al anciano, que hasta entonces había permanecido demudado y atento. Éste se levantó para acercarse, porque estaba un poco sordo. Conversaron lánguidamente unos minutos. Durante unos instantes parecieron discutir, pero finalmente Keman creyó comprender todo.

-Los hombres que encontraron los fósiles en la excavación trabajan para el viejo Halil y él confía plenamente en su palabra –alegó Keman sin pestañear, intentando dar solidez a sus argumentos.

-Necesitaría pruebas que lo verificaran –adujo Elvira, impasible, torciendo el gesto-. Tendríamos que analizar los restos para ratificar su antigüedad.

-Lo entiendo –reconoció Keman, con renuencia.

Elvira no podía efectuar un análisis más profundo en aquellas condiciones pero con lo que tenía, debía ser diligente y dar a Hirault un diagnóstico que fuera definitivo, pues podía implicar la vinculación del Louvre en la adquisición de la pieza antes de que se hiciera público, lo que significaba una importante disminución en los costes. Esto ocurría pocas veces, pero la responsabilidad de Elvira en aquel momento para evitar un descalabro del museo era tremenda. Tenía que dilucidar si en verdad se trataba de un hallazgo sin precedentes, de un enigma que podía reabrir nuevos interrogantes sobre los ancestros del hombre, sobre la posibilidad de una población anterior de homínidos más avanzados de lo que se había estimado hasta entonces.

Mientras seguía admirando los restos, Elvira hurgó entre la osamenta, concentrada en encontrar alguna pista que desmontara la descabellada historia de aquellos turcos. Le resultaba inconcebible que los huesos estuvieran tan limpios de detritos, pero no había rastro de muescas que se debieran a un molde. Por su consistencia y su textura parecían huesos de verdad. Tal vez estaba siendo terriblemente injusta con ellos.

Sin embargo, su insistencia fue fructífera. Los expertos dedos de Elvira parecían haber detectado una forma rugosa irregular en la base del cráneo. Lo inspeccionó con más detenimiento, utilizando una lupa para aumentar la visión de las marcas que había notado y después se volvió hacia Keman, meneando la cabeza débilmente, con desaliento al ver confirmadas sus sospechas.

-Quizás les han tomado también a ustedes el pelo –aventuró Elvira-, pero puedo asegurar que es una falsificación.

-¿Cómo? –exclamó Keman, parpadeando repetidamente por la crispación. La mujer y el anciano, antes inmutables, se habían alterado al escuchar su tono y le pedían explicaciones, pero él los contuvo con un ademán.

-La imitación es casi perfecta. Incluso se han añadido secciones de poros cubiertos por limo petrificado –alabó Elvira, sosteniendo todavía en su mano el cráneo mientras se ponía de pie-. Pero se trata de una falsificación. La vanidad del autor fue su error. Dejó la obra firmada, con tres minúsculas tachaduras, tres aspas grabadas justo donde se asienta el cráneo sobre la columna vertebral. Podían haber pasado desapercibidas, pero, casualmente, conozco a quien lo hizo. Es un tipo de Amsterdam. Las tres cruces corresponden a las que aparecen en el escudo de su ciudad.

Elvira prestó a Keman la lente y le mostró las inscripciones. Efectivamente, a Keman le pareció distinguir unas extrañas marcas, pero se confundían con las aristas del hueso y tenía la vista nublada por el repentino sudor que le había producido la desazón.

-Vaya –dijo Keman, manifestándose con una voz temblorosa. La exposición de la mediadora era razonable-. *Tamam*. ¿Qué le vamos a hacer? Es una decepción, ¿verdad? Espero que no crea que hemos intentado engañarla. Me siento muy mal por haberle hecho perder el tiempo...

-No se preocupen. Hemos sido víctimas de una mente astuta. No es la primera vez que ocurre –sostuvo Elvira, empezando a meter en una mochila los fósiles, de forma desordenada y sin tacto-. Quiero que entiendan que esto no debe caer en otras manos. Me ocuparé de deshacerme de ello con discreción, para no alarmar a las autoridades ni crearles a ustedes más problemas.

-*Mersi* –agradeció el defraudado turco-. Váyase y lléveselo. No queremos saber nada más de todo esto. Nos conformaremos con barrer nuestras ilusiones deshechas.

Dicho esto, Elvira recogió sus bártulos y se retiró, bajando los peldaños hasta la trastienda. En cuestión de segundos, Keman la vio mezclarse entre el gentío desde el ojo de buey abierto en la planta superior. Luego, empezó a explicar al viejo Halil y a Chaka lo que había sucedido y por qué se había marchado así la extranjera, sin promesas ni compromisos.

Conforme hilaba el relato de lo acontecido, Keman fue dándose cuenta de que no había llegado a ver ninguna marca con nitidez en el cráneo, aunque antes se lo había parecido, tal vez inducido por las insinuaciones de la forastera. Cuando Halil le preguntó por qué se había llevado los huesos sin más, por qué afirmaba que eran falsos, no supo qué decirle. Todo le había parecido tan normal cuando había pasado... Pero ahora se le hacía un nudo en la

garganta y se le encogía el estómago al plantearse si no había sido Elvis quien les había engañado impunemente, llevándose consigo un tesoro de incalculable valor ante su ingenua mirada. Si terminaba apareciendo en los periódicos el descubrimiento de un eslabón perdido, no se perdonaría nunca su torpeza.

Mención especial en el XVI Concurso de Cuentos Fantásticos y de Terror “Idus de Marzo”  
de Dos Hermanas, Sevilla (2003).

Publicado por Ediciones Logosur como parte del libro de relatos *Cortos Virtuales* (2004).